Capítulo 11 - El Dragón Habla Con Otro Árbol - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 11 - El Dragón Habla Con Otro Árbol - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 11 - El Dragón Habla Con Otro Árbol - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Los habitantes del bosque sentían una tormenta en el horizonte, pero Anthracia conocía mejor. Era la más antigua de las Hijas Árboles aún vivas, y nunca confundía lo que se acercaba con una tempestad. Las corrientes de magia que fluían a través de la tierra y el cielo se retorcían y doblaban ante su presencia. El viento llevaba susurros de su nombre, no el nombre que sus padres le habían dado, sino los nombres que el propio mundo había otorgado por sus hazañas. Pocos habían recibido tal privilegio, e incluso entre los dragones primordiales, ninguno portaba tantos nombres como él. Hechicero-Cautivo. Tejedor-Mágico. Buscador de Runas. Esos eran los nombres que el mundo le había concedido por su destreza en la magia. Nadie vivo superaba su profundidad y amplitud de conocimientos. Ella sospechaba que su sabiduría y su dominio de lo arcano superaban incluso a los titanes de la Primera Era. Oh, los Primeros Dioses fueron poderosos, algunos más allá de la comprensión de su especie. Pero Doomwing había vivido mucho tiempo, y había buscado los secretos de la magia con la misma codicia con la que acumulaba su tesoro. Dolor-Dios. Asesina-Madre. Quebrador del Océano. Asesino mortal. Conquistador de Bestias. Liberador de Voluntades. Esos eran los nombres que había ganado a lo largo de las eras en sus enfrentamientos contra las Catástrofes. Mientras muchos de su especie se retiraban del mundo o incluso huían de él, Doomwing persistía en luchar. Él solo, de todos los dragones primordiales, combatió contra cada una de las Catástrofes. Había sido herido muchas veces, casi diezmado en varias batallas, pero seguía luchando. Ainda recuerda la última vez que lo vio, aunque solo a través de los ojos de los elfos que abandonaron la seguridad del bosque para unirse a la batalla contra la Sexta Catástrofe. Por mucho poder que tuviera, no podía abandonar el bosque, así que les regaló lo que pudo y los envió a pelear en su lugar, con los árboles y monstruos que pudo emplear. Solo unos pocos regresaron, pero ella presenció la batalla final a través de sus ojos. El Alto Rey Elerion cayó en manos de su amante, valiente hasta el final, con los cuerpos de sus enemigos acumulados en grandes montañas a su lado. Ciego y con su armadura y armas hechas trizas, luchó hasta el último aliento. Fue un final glorioso, digno de la Primera Era, y su visión conmovió tanto a los sobrevivientes que, aún hoy, se cantan canciones sobre el más grande de los reyes en la Edad en que los hombres alcanzaron su máximo poder. Marcus también estuvo allí, rodeado por todos lados, con los colmillos al aire, la hoja que bebía sangre brillando en un rojo intenso mientras atravesaba a los kitsune y sus partidarios, medio locos por la tristeza, ira y dolor. Hubo otros héroes también, toda la fuerza y gloria de aquella Edad reunidos para una batalla decisiva contra

alguien que poseía la destreza y el poder de quebrar las mentes de los demás y someterles a su voluntad. Naciones enteras cayeron sin resistencia, sus reyes esclavizados, sus pueblos hechizados, sus ejércitos convertidos en marionetas. Solo un imponente escudo de magia los protegía, tejido por Doomwing mismo y reforzado por todos los maestros de sueños y mentes que pudo reclutar, que no se unieron a Kagami. Y entonces Doomwing cayó. Una lanza de metal divina lo atravesó, cubierta de runas divinas que se creían perdidas desde la Primera Era. Anthracia no sabía de dónde la había obtenido Kagami. La única fuente de metal divino había sido los Primeros Dioses, todos caídos en la Primera Era. Y cuando ellos cayeron, el metal divino de sus cuerpos desapareció. Desapareció en ráfagas cegadoras de fuego divino que perforaron la realidad y sacudieron el mundo. No debería ser posible encontrar incluso un fragmento de metal divino, pero Kagami halló una lanza de ese material y la forjó ella misma, desafiando su propia naturaleza, o bien encontró la lanza intacta y completa, con esas runas sobre ella. Doomwing debía haber muerto. Y habría muerto, si su defensa no hubiera sido incluso un poco más lenta. Viejas runas de un poder tremendo surgieron para protegerlo y amortiguar el impacto de la lanza. Sin embargo, penetró en sus escamas y lo arrancó del cielo. Las runas de la lanza cantaban de muerte y condena, de destino ineludible. Pero Doomwing no vaciló. Incluso mientras su sangre fundida brotaba de sus heridas, observó la herramienta que intentaba matarlo y encontró una forma de vencer. Hasta hoy, Anthracia no sabe exactamente cómo lo logró, pero Doomwing rompió la lanza y la arrancó de su cuerpo antes de que pudiera matarlo. Luego, casi sin conciencia, con la fuerza casi agotada, tomó los fragmentos rotos de la lanza y extrajo del fuego divino en su interior, usándolo para atacar a Kagami y derribarla. Los fragmentos de la lanza desaparecieron, reducidos a la nada, y Doomwing finalmente se dejó caer, herido y agotado, en un campo de cadáveres, pues la magnitud de su contraataque había acabado con todos, salvo los combatientes más poderosos, quienes también resultaron gravemente heridos. Fue Marcus quien lo alcanzó primero, drenando toda la energía acumulada en su espada y usándola en runas y hechizos desesperados para curar a su amigo. La espada quedó opaca y oscura cuando terminó, pero Doomwing vivió, aunque la herida en su pecho quedó sin poder ser completamente sanada por incluso los esfuerzos de Marcus. Éste vigiló al dragón, impidiendo que alguien se acercara hasta que despertara. Finalmente, el dragón abandonó el campo de batalla, volando lentamente hacia el volcán que llamaba su hogar y sumergiéndose en las llamas para descansar y recuperarse. Ahora, Doomwing era visible para los ojos agudos de los hijos de ella, los elfos, y qué espectáculo era. Desde lejos, parecía una masa de nubes de rubí y zafiro, y el sol en sus escamas proyectaba haces de rojo y azul sobre el paisaje y el cielo. Los dragones no eran las criaturas más grandes que surcaban los cielos, pero sí las más rápidas y gráciles. Doomwing volaba como si el cielo le perteneciera. Cada batida de sus alas era una proclamación de su poder, y los cielos se vaciaban ante su presencia. Ningún ave se alzaría en vuelo cuando él sobrevolaba. Ningún dragón ni wyvern se atrevería. Incluso los grifos, orgullosos y firmes, sabían que era mejor no enfrentarse a él. En la Primera Era, hubo dragones aún mayores. El más grande de todos fue Sovereign Flame, Padre de Dragones, Hijo del Viento y el Fuego, y la Llama que Todo Consume. Murió, como todos los grandes dragones de aquella época, pero su llama abrió en el cuerpo del Dios Roto una brecha de metal divino. Sovereign Flame fue una tormenta de poder desatado, una llamarada ardiente, una ola implacable de fuerza dracónica que el mundo no volvería a ver. Doomwing era distinto. Era como una hoja de afeitar con alas, delgada como una aguja pero más afilada que cualquier lanza forjada por dioses o mortales. Según las memorias que recibió de la Madre Árbol, Sovereign Flame había sido un desastre natural dado forma, salvaje e indomable. Cuando luchaba con toda su fuerza, Doomwing era un artesano, moldeando las batallas con crueldad hasta que su victoria se volvía inevitable. En

verdad, ella habría estado más preocupada si no se hubiera mostrado tan abiertamente. Si hubiera querido atacarla en serio, se habría ocultado y lanzado hechizos y runas que podrían haber acabado con todos sus hijos y aliados. Luego, habría atacado desde lejos, buscando desgastarla en una lucha que favoreciera sus propias fortalezas en lugar de las de ella. Pero, en cambio, se acercaba lentamente, reduciendo la velocidad para no dañar innecesariamente su bosque. Él quería hablar. Pero ella no podía permitirse mostrar debilidad, ni con él ni con nadie. Por eso, decidió mostrarle lo que había estado preparando durante mil años mientras él dormía.

Doomwing extendió su magia y sentidos para percibir su entorno. Anthracia aún no había iniciado un ataque, lo cual era una señal sumamente positiva. Sin embargo, había decidido saludarlo de una manera que la mayoría habría considerado amenazante. Sin embargo, él la encontró refrescante. Anthracia tenía razón al ser cautelosa con respecto a él, pero, a diferencia de muchas de sus hermanas, no tenía miedo. Los seres arbóreos despertaron en los bosques de abajo. Alcanzaban cientos de pies de altura, y cada uno tenía un brazo modelado a semejanza de un golpe colosal, mientras el otro preparaba flechas que podrían haber aniquilado a un dragón menor con un solo golpe. Esas flechas estaban hechas de sus propios cuerpos, de madera mágica reforzada con hechizos y runas de dureza sobrenatural. Había cientos de estos seres arbóreos, suficientes para que incluso él tuviera que tomar en serio una lluvia de proyectiles. Junto a ellos estaban los elfos del bosque. La mayoría pasaba desapercibida para él, incapaces de reunir la fuerza necesaria para dañarlo, ni aún sin defenderse. No obstante, algunos sí merecían atención. Uno en particular portaba un relicario de la Tercera Edad, el Arco del Árbol en Llamas, elaborado con madera de corazón recuperada de las ruinas del Árbol Madre. Disparaba flechas de runas, compuestas por decenas de símbolos mágicos fusionados en un todo superior. Aunque dudaba que el elfo que lo empuñaba tuviera la fuerza para usar el arco al máximo de su potencial, sería peligroso si lograba aprovechar el poder de Anthracia. También había bestias de todos los tipos, desde serpientes aladas que sobrevivieron a la Tercera Edad y eligieron vivir en tierra, hasta grandes águilas, hipogrifos y otros voladores del bosque. En combate, ninguna de ellas sería rival para él. En cambio, usarían sus números para distraerlo y mantenerlo en su sitio, mientras los seres arbóreos lanzaban sus flechas y Anthracia desplegaba su magia. Y entonces ocurrió algo que él no esperaba. Las hojas del árbol de Anthracia comenzaron a brillar, y luego el aire se llenó de ellas, millones y millones de hojas, algunas tan pequeñas como una mano humana y otras mayores que una casa. Se elevaron en una gran nube de carbones y cenizas, y los ojos de Doomwing se estrecharon mientras la Hija del Árbol tejía runas en cada una de ellas. Solo alguien que considerara todo un bosque como una extensión de sí mismo podría gestionar tantas runas simultáneamente. Es cierto que la mayoría no eran muy poderosas, pero algunas contenían runas mayores, e incluso otras antiguas. El total era mucho más que la suma de sus partes. Incluso Doomwing, que consideraba que tal vez era el mago vivo más poderoso, quedó impresionado. Pero Anthracia aún no había terminado. La tempestad de hojas se plegó en sí misma y adquirió la forma de un fénix. Sus alas, aún más grandes que las de Doomwing, se abrieron ampliamente, y la voz de Anthracia resonó desde la criatura. Las runas en las hojas chisporoteaban en la visión de Doomwing, arcos de poder primordial cruzándose sobre el cuerpo del fénix. Una parte de él anhelaba luchar contra esa criatura, poner a prueba sus habilidades frente a un enemigo que ya reconocía como digno… pero no había venido aquí para pelear, y ya no era un tonto cría que pensaba solo en batallas y gloria. "Han pasado mil años," dijo Anthracia. "¿Qué te trae a mi bosque?" Doomwing no vio motivo para andarse con rodeos. "Busco plantas y seres arbóreos." Aparecieron a su lado imágenes de las plantas y seres arbóreos que buscaba. "¿De mi bosque?" La estructura de Anthracia brillaba con un poder rúnico, y Doomwing se preguntó qué ocurriría si la

fulminaba con alguna antigua runa de dispersión. ¿Se dispersarían por completo las hojas, o lograrían mantenerse en forma y posición? "Debes comprender que esas plantas requieren del poder de una dríada para sostenerse, y esos seres arbóreos no se aventurarán lejos de una dríada. Eres fuerte, Doomwing, pero no enviaré plantas ni seres arbóreos a su muerte." "Entonces, conviene que haya conseguido recientemente una dríada," afirmó Doomwing. Apareció una imagen de Daphne. "Es joven, muy joven, pero le he encomendado mejorar mis tierras." La criatura en forma de fénix le lanzó una mirada fija, y él pudo sentir la intensidad de su enfoque. "Nunca antes te ha interesado mucho tu tierra. Has estado contento en descansar y recuperarte, y, incluso antes de la Sexta Catástrofe, mostraste poca inclinación por cambiar la naturaleza desolada de tu territorio." "Ahora soy un emperador dragón," afirmó Doomwing. "Y ningún buen gobernante estaría satisfecho gobernando un páramo." "¿Un emperador dragón?" La voz de Anthracia rebosaba escepticismo. "¿Qué tontería es esa?" Y así explicó la competencia que mantenía con Marcus para ver quién de los dos sería el rey supremo. Cuando terminó, hubo un largo silencio, y luego Anthracia comenzó a reír. "Si alguien más me hubiera contado esto, lo habría calificado de mentiroso, porque el Doomwing que conozco nunca haría tal cosa. Pero aquí estás, y tú mismo has dicho esas palabras." Anthracia emitió un suave zumbido, y las hojas vibraron en el aire, ondulando como olas en el mar. "Me intriga saber qué clase de lugar será tu territorio. Muy bien, te daré lo que buscas… pero no de grátis." "Por supuesto. No vine aquí como un mendigo exigiendo regalos." Doomwing presentó dos objetos. "Busco un intercambio." "¿Ah?" La criatura en forma de fénix observó las cosas que estaban a su lado. "¿Y qué son esas?" Doomwing usó su magia para mover el rosal que había traído. "Son rosas de verdad ígnea." "Esas fueron destruidas durante la Sexta Edad," respondió Anthracia. "Lo sé. Mandé a mis hijos a buscarlas en todos lados." "Kagami las destruyó porque las rosas de verdad ígnea disipan ilusiones y mentiras. Sus pétalos pueden molerse para hacer pociones que otorgan inmunidad contra las ilusiones más fuertes y la magia que influye en la mente. Ella sabía qué peligros representaban, y las eliminó antes de que pudiéramos usarlas contra ella. Sin embargo, unas pocas lograron sobrevivir, débiles, frágiles y marchitas en lugares olvidados. Hace casi setecientos años, durante una de mis revelaciones, las encontré. Verás, las rosas de verdad ígnea solo crecen en sitios con intensa energía y calor mágico, y se desarrollan mejor en áreas donde habitan dragones celestiales." El fénix de Anthracia agitó sus alas. "Dawnscale se fue al final de la Cuarta Edad. Fue la última dragona celestial. Desde entonces, ninguna otra ha llegado a ese estado." "Ella se fue," reconoció Doomwing. "Pero dejó algunas de sus escamas como regalo, quizás con la esperanza de que algún día pudiera reunirse con ella. Todavía tengo esas escamas, y su poder aún reside en ellas. Tomé las rosas de verdad ígnea que encontré y las coloqué junto con las escamas en un artefacto que poseo. Han pasado siete siglos, pero ya tengo varios arbustos de ellas. Te ofreceré este arbusto como parte de nuestro intercambio." La acercó a ella suavemente. "Gracias al tamaño que ha alcanzado, ya no necesita absorber la energía de un dragón celestial. La simple presencia de una dríada será suficiente para que crezca y florezca." "Un objeto valioso," susurró Anthracia. Podía percibir la avidez en sus palabras. Como Daphne, le emocionaba la idea de una planta nueva, especialmente una tan rara que ella sería probablemente la única persona en el mundo que la poseía. "¿Y el otro objeto?" preguntó Anthracia. Doomwing asintió hacia la escama gigante que flotaba junto a él. "La escama de un leviatán de la Tercera Edad. No eras aún lo suficientemente viejo para matar a los más grandes, pero yo eliminé a muchos. Los bordes de tu bosque limítrofe con el mar. Esta escama puede ser usada en la forja de armaduras que permiten respirar bajo el agua y desplazarse con la misma facilidad que en tierra. A diferencia de las escamas de krakens menores, sus efectos serán mucho más intensos, y el consumo de magia en quien las lleve será mucho menor." La dríada contempló la escama, y luego su Constructo de fénix asintió. "Ambos objetos son apropiados. Te

suministrar más plantas y elegiré seres arbóreos adecuados para ti." "¿Apropiados?" preguntó Doomwing. "No sería prudente traer seres arbóreos mayores a una dríada tan joven, pues podrían disputar su liderazgo. Los más jóvenes no serán tan fuertes, pero no causarán problemas. Crecerán en fuerza juntos, y el vínculo entre ellos se profundizará hasta volverse irrompible." "Seguiré tus consejos. Sabes más de seres arbóreos que yo." Doomwing deslizó su mirada hacia el sur. "Tengo más plantas y seres arbóreos que recolectar. Preferiría reunirlos primero y luego regresar, ya que tú estás más cerca de mi territorio." "Muy bien. Me aseguraré de que todo esté listo cuando regreses." La criatura en forma de fénix de Anthracia fijó su mirada. "Ten cuidado al visitar a mis hermanas, Doomwing. Son más... frágiles que yo." "No haré nada imprudente, siempre que ellas actúen con sensatez." "¿Y si no lo hacen?" interrogó Anthracia. "No te preocupes. No las mataré ni causaré demasiado daño, pero las educaré." Fate a Anthracia una semilla. "Una semilla de comunicación de Daphne, la dríada que está en mi territorio. ¿La aceptarás?" "Sí, la aceptaré." Una semilla se deslizó hacia Doomwing. "Y aquí tienes una de las mías. Entrégasela a ella." La criatura en forma de fénix de Anthracia negó con la cabeza. "No será fácil soportarte. Le irá bien tener otra dríada con quien hablar." Doomwing sonrió con suficiencia. "Y ser árbol debe ser insoportable. No es de extrañar que hayas creado un constructo que pueda volar." Hizo una pausa. "¿Qué ocurrirá con todas tus hojas ahora?" El constructo de fénix de Anthracia se rió. "No soy tan necio como para despojar a mi árbol de todas sus hojas sin un plan. Se volverán a unir a mi árbol y no sufrirán ningún daño."